

De allá en los postreros años de la falda larga, del chaqué con ribete, del chaleco de terciopelo de nutria, de la *fleur de riz* y de la crencha abierta desde la frente hasta el cogote; de aquellos tiempos, digo, en que no había destino sin funcionario, ni utilidad que estuviera acaparada, ni dínaral que pudiera juntarse en un santiamén, ha quedado viva en mi memoria la imagen del pobre traficante andorrero, de cara mustio y que solía padecer de irritaciones morbosas, de aquel hombre que fuera tan conocido de los humildes como de las personas encopetadas.

Si el principal objeto del nombre que se da a un oficio cualquiera es el de señalar y particularizar las actividades del mismo, justo es que demos por mal empleado al que se atribuyó al traperero, puesto que el de aquel entonces no se dedicaba únicamente a la compra de trapos, papel o pieles de conejo o a meter el gancho en un montón de basura en busca de tales desperdicios según y como algunos lo han pintado. Mas, como que ya dijo cierto autor, que a falta de chuletas suele el pueblo comerse muchas letras, y este particular me llevaría sin quererlo a los vulgares cerros de Ubeda, me rindo y prosigo.

El traperero de medio siglo atrás, sin ser paladín de ninguna escuela ni muchísimo menos, me parece muy discreto considerándolo de botones adentro en su prosaico y complejo ministerio. Prosa fué su amplio baratillo, que al correr en pos de su estrella convertíase con cierta frecuencia, disparatadamente, en obra de misericordia más que en ganancia, porque aquel hombre, sin énfasis, que muchos miraban con desprecio, cargaba con todo, todo cuanto sin conciencia y sin miramiento alguno, sin parar mientes en lo que hacían, desechaban los demás por el mero hecho de parecerles viejo, anticuado o *démodé*.

A mis lectores, y en particular a las respetables señoras que conservan el recuerdo de sus buenos tiempos si me favorecen con pasar sus ojos por estas toscas líneas, he de pedirles mil perdones por el empeño en que me veo, en obsequio a la verdad, a hablarles de lo que cierto día, por unos míseros reales, cedieron sin lanzar el menor suspiro al vocinglero hombre del saco. Eran tal vez las últimas galas de sus antepasados que, por parecerles caducas, cuando no despreciables, sucumbían a manos del marchante callejero cuya filosofía las preservó de la hoguera. — ¿No fué así como los sucios laberintos de la que se llamó trapería, oscura e insalubre, convirtió en lujosos sus andrajos? — En aquellas tiendas o patios cubiertos de mi recuerdo, donde se concentró el misterio de la ciudad, de sus hombres, de sus mujeres, de muchas cosas que habían contribuido a constituir el santuario de una casa, mil chispas de colores tuvieron el poder transfigurar en poesía todo aquello que había acumulado el *drapaire* anticipándose al negociante más hábil, más ingenioso, que algunos años después había de sucederle, que hoy consideramos a cierta altura, y que emprendió el negocio de *antigüedades* en pequeña escala llevando los objetos al domicilio de los hombres graves y acaudalados, o de la mujer caprichosa, valiéndose al ofrecerlos del don de la simpatía o de la incitación.

Fueron aquellos locales insalubres el refugio de muy bellas prendas que, por haber sido desnaturalizadas o declaradas caducas, habían perdido su orgullo en la soledad de un desván, porque, hace medio siglo, las tiendas de anticuario eran raras y dictatoriales. Su feudo radicaba en las grandes capitales y solo admitía las cosas de gran carácter, las ruinas históricas, las mejores tallas, los mejores cuadros, lo excepcional en fin. Todo lo que no fuese trascendental o histórico solía llevarse al traperero y todo eso es lo que ha venido en la actualidad a despertar la codicia de las gentes.

Calzado viejo, botas, borceguíes y pantuflas, cascotes de botella de champán, de licores o perfume, bengalas y bastones nervudos o relucientes con cabeza de animal, de hueso o marfil o con puño de plata, algunos con estoque; maletas y cofres antiguos y guarnecidos con clavos y despellejados; estufas, braseros, escupideras, cacharros de toda clase, útiles de cocina, armarios mugrientos, tenedores cucharas y cuchillos de mesa; garrafas, damajuanas; loros disecados, paraguas gigantes de tela azul, sombrillas blancas descoloridas recuerdo de las candidas niñas románticas; muchos objetos de cobre y hierro; medallas y sables, trajes de ceremonia, uniformes, jubones ojeteados, corpiños, corsés y toda clase de vestiduras; costureros, muñecas y juguetes descompuestos, muebles dorados, camas roñosas cuyo origen era a veces el pueblo apartado y que habían sido despachadas después de un entierro; canapés víctimas de la polilla; mesas de café, cosas de cementerio, reliquias, verdaderas reliquias, con marco o relicario de plata y a las que oprimía un cristal abombado velado con humores vítreos como los ojos de un muerto; ex-votos descarriados, relojes de todas clases silenciosos y aburridos imágenes de distinta naturaleza, grandes cromos en grandes marcos, pinturas tétricas y ahumadas; retratos de niño, de hombre o de mujer descotada según la antigua usanza, retratos de personajes, de caballeros de elevada dignidad sus ojos mirando de lado; bulas, diplomas y estampas con la bendición episcopal o pontifical; peines, peinetas, pisapapeles y tinteros; rosarios de fraile o de alcoba; quinqués tristes y decapitados sin tubo ni pantalla, lámparas faroles... Y entre todas estas cosas las de categoría definida, las que hoy acaparan la atención de las gentes: relojes de caja, de sonería, mudos, silenciosos, relojes marinos, relojes magistrales, de repetición, relojes de cucú; encojes, abanicos, grandes abanicos de rica seda, abanicos delicados con varillaje de concha o nácar, con miniaturas o ilustraciones, y dedicatorias evocando un coloquio amoroso..., cómodas y *cantaranos* de caoba o de nogal, camas del Imperio, grandes espejos turbados y melancólicos, colchas y damascos isabelinos, y las sedas que el traperero no tenía la facultad de conocer. Todo eso, sin contar con otras mil filigranas del arte, se albergó en la villana trapería de mi recuerdo.

El traperero de aquella época, enamorado de lo viejo, no pudo resignarse a vivir pobre y sin ser comprendido, y murió haciéndole a la humanidad una mueca despreciativa. Lo que él acumuló pertenecía al futuro, a otra generación. En sus tiempos, a la vetustez había que prenderle fuego.

J. Soler Cazeaux